

COMPRENSIÓN LECTORA “MATILDA”

TEXTO 1

Matilda empezó la escuela un poco tarde. La mayoría de los niños empiezan la escuela primaria a los cinco años o, incluso, un poco antes, pero los padres de Matilda, a los que, en todo caso, no les preocupaba mucho la educación de su hija, se olvidaron de hacer los arreglos precisos con anticipación. Cuando fue por primera vez a la escuela tenía cinco años y medio.

La escuela para niños del pueblo era un edificio tristón de ladrillo, llamado Escuela Primaria Crunchem. Albergaba a unos doscientos cincuenta niños, de edades comprendidas entre cinco y poco menos de doce años. La directora, la jefa, la suprema autoridad de este establecimiento, era una dama terrible, de mediana edad, llamada señorita Trunchbull.

A Matilda, como es natural, la asignaron a la clase inferior, donde había otros dieciocho niños, aproximadamente de su misma edad. La profesora era la señorita Honey, que no tendría más de veintitrés o veinticuatro años. Tenía un bonito rostro ovalado pálido de madona, con ojos azules y pelo castaño claro. Su cuerpo era tan delgado y frágil, que daba la impresión de que, si se caía, se rompería en mil pedazos, como una figurita de porcelana.

La señorita Honey era una persona apacible y discreta, que nunca levantaba la voz y a la que raramente se veía sonreír, pero que, sin duda, tenía el don de que la adoraran todos los niños que estaban a su cargo. Parecía comprender perfectamente el desconcierto y el temor que tan a menudo embargaba a los niños que, por primera vez en su vida, se les agrupa en una clase y se les dice que tienen que obedecer lo que se les ordene. Cuando hablaba a un desconcertado y melancólico recién llegado a la clase, el rostro de la señorita Honey desprendía una casi tangible sensación de cordialidad.

La señorita Trunchbull, la directora, era totalmente diferente. Se trataba de un gigantesco ser terrorífico, un feroz monstruo titánico que atemorizaba la vida de los alumnos y también de los profesores. Despedía un aire amenazador, aun a distancia, y cuando se acercaba a uno, casi podía notarse el peligroso calor que irradiaba, como si fuera una barra metálica al rojo vivo.

Dejémosla de momento y volvamos a Matilda y su primer día en la clase de la señorita Honey.

Tras pasar lista, la señorita entregó un cuaderno de ejercicios a cada alumno.

—Supongo que habréis traído vuestros lápices —dijo.

—Sí, señorita Honey —respondieron al unísono.

—Bien. Este es el primer día de escuela para vosotros. Es el principio de once largos años de escuela, por lo menos, que tenéis que pasar todos vosotros. Y seis de esos años los pasaréis aquí, en la Escuela Crunchem, donde, como sabéis, la directora es la señorita Trunchbull. Por mi parte —prosiguió la señorita Honey—, quiero ayudaros a que aprendáis lo más posible mientras estéis en la clase. Sé que eso os facilitará luego las cosas. Así pues, espero que para finales de semana sepáis todos de memoria la tabla de multiplicar por dos y, al final del curso, que hayáis aprendido las tablas de multiplicar hasta doce. Si las aprendéis, os ayudará enormemente. Veamos ahora. ¿Alguno sabe la tabla de multiplicar por dos?

Matilda levantó la mano. Era la única.

La señorita Honey miró atentamente a la pequeñaja de pelo oscuro y cara redonda y sería sentada en la segunda fila.

—Magnífico —dijo—. Levántate, por favor, y dila hasta donde sepas.

Matilda se puso en pie y comenzó a decir la tabla de multiplicar por dos. Cuando llegó a “dos por doce, venticuatro” no se detuvo.

La señorita Honey se echó hacia atrás en su asiento, tras la mesa desnuda que había frente a la clase. Se sentía totalmente desconcertada por aquella situación, pero tuvo buen cuidado en no demostrarlo. Nunca se había encontrado con una niña de cinco años, ni siquiera de diez, que supiera multiplicar con tal facilidad.

TEXTO 2

Ocurre una cosa graciosa con las madres y los padres. Aunque su hijo sea el ser más repugnante que uno pueda imaginarse, creen que es maravilloso.

Algunos padres van aún más lejos. Su adoración llega a cegarlos y están convencidos de que su vástago tiene cualidades de genio.

Bueno, no hay nada malo en ello. La gente es así. Sólo cuando los padres empiezan a hablarnos de las maravillas de su descendencia es cuando gritamos: «¡Tráiganme una palangana! ¡Voy a vomitar!».

Los maestros lo pasan muy mal teniendo que escuchar estas tonterías de padres orgullosos, pero normalmente se desquitan cuando llega la hora de las notas finales de curso. Si yo fuera maestro, imaginaría comentarios genuinos para hijos de padres imbéciles. «Su hijo Maximilian -escribiría- es un auténtico desastre. Espero

que tengan ustedes algún negocio familiar al que puedan orientarle cuando termine la escuela, porque es seguro, como hay infierno, que no encontrará trabajo en ningún sitio».

O si me sintiera inspirado ese día, podría escribir: «Los saltamontes, curiosamente, tienen los órganos auditivos a ambos lados del abdomen. Su hija Vanessa, a juzgar por lo que ha aprendido este curso, no tiene órganos auditivos».

Podría, incluso, hurgar más profundamente en la historia natural y decir: «La cigarra pasa seis años bajo tierra como larva y, como mucho, seis días como animal libre a la luz del sol y al aire. Su hijo Wilfred ha pasado seis años como larva en esta escuela y aún estamos esperando que salga de la crisálida». Una niña especialmente odiosa podría incitarme a decir: «Fiona tiene la misma belleza glacial que un iceberg, pero al contrario de lo que sucede con éste, no tiene nada bajo la superficie». Estoy seguro de que disfrutaría escribiendo los informes de fin de curso de las sabandijas de mi clase. Pero ya está bien de esto. Tenemos que seguir.

A veces se topa uno con padres que se comportan del modo opuesto. Padres que no demuestran el menor interés por sus hijos y que, naturalmente, son mucho peores que los que sienten un cariño delirante. El señor y la señora Wormwood eran de éstos. Tenían un hijo llamado Michael y una hija llamada Matilda, a la que los padres consideraban poco más que como una postilla. Una postilla es algo que uno tiene que soportar hasta que llega el momento de arrancársela de un papirotazo y lanzarla lejos. El señor y la señora Wormwood esperaban con ansiedad el momento de quitarse de encima a su hijita y lanzarla lejos, preferentemente al pueblo próximo o, incluso, más lejos aún.

Ya es malo que haya padres que traten a los niños normales como postillas y juanetes, pero es mucho peor cuando el niño en cuestión es extraordinario, y con esto me refiero a cuando es sensible y brillante. Matilda era ambas cosas, pero, sobre todo, brillante. Tenía una mente tan aguda y aprendía con tanta rapidez, que su talento hubiera resultado claro para padres medianamente inteligentes. Pero el señor y la señora Wormwood eran tan lerdos y estaban tan ensimismados en sus egoístas ideas que no eran capaces de apreciar nada fuera de lo común en sus hijos. Para ser sincero, dudo que hubieran notado algo raro si su hija llegaba a casa con una pierna rota.

Michael, el hermano de Matilda, era un niño de lo más normal, pero la hermana, como ya he dicho, llamaba la atención. Cuando tenía un año y medio hablaba perfectamente y su vocabulario era igual al de la mayor parte de los adultos. Los padres, en lugar de alabarla, la llamaban parlanchina y le reñían severamente, diciéndole que las niñas pequeñas debían ser vistas pero no oídas.

Al cumplir los tres años, Matilda ya había aprendido a leer sola, valiéndose de los periódicos y revistas que había en su casa. A los cuatro, leía de corrido y empezó, de forma natural, a desear tener libros. El único libro que había en aquel ilustrado hogar era uno titulado Cocina fácil, que pertenecía a su madre. Una vez que lo hubo leído de cabo a rabo y se aprendió de memoria todas las recetas, decidió que quería algo más interesante.

-Papá -dijo-, ¿no podrías comprarme algún libro?

-¿Un libro? -preguntó él-. ¿Para qué quieres un maldito libro?

-Para leer, papá.

-¿Qué demonios tiene de malo la televisión? ¡Hemos comprado un precioso televisor de doce pulgadas y ahora vienes pidiendo un libro! Te estás echando a perder, hija...

ACTIVIDADES

Pregunta 1:

¿Por qué Matilda empezó la escuela tarde?

- A) Sus padres estaban ocupados
- B) Sus padres se olvidaron de hacer los arreglos necesarios
- C) Matilda no quería ir a la escuela
- D) La escuela no tenía cupo

Pregunta 2:

¿Cómo se llama la directora de la Escuela Primaria Crunchem?

- A) Señorita Honey
- B) Señorita Trunchbull
- C) Señorita Wormwood
- D) Señorita Matilda

Pregunta 3:

¿Cuántos niños había en la clase inferior con Matilda?

- A) Diez
- B) Dieciocho
- C) Veinticuatro
- D) Cincuenta

Pregunta 4:

¿Cómo es descrita la señorita Honey?

- A) Apacible y discreta
- B) Terrible y gigantesca
- C) Alegre y ruidosa
- D) Egoísta y desinteresada

Pregunta 5:

¿Qué pidió la señorita Honey que los niños trajeran para su primer día de escuela?

- A) Libros
- B) Cuadernos de ejercicios
- C) Lápices
- D) Regalos

Pregunta 6:

¿Qué esperaba la señorita Honey que los niños aprendieran al final del curso?

- A) Leer y escribir
- B) La tabla de multiplicar hasta doce
- C) Las reglas de gramática
- D) Historia y geografía

Pregunta 7:

¿Qué talento especial mostró Matilda en su primer día de escuela?

- A) Leer rápidamente
- B) Escribir sin errores
- C) Saber la tabla de multiplicar por dos hasta el final
- D) Resolver problemas complejos de matemáticas

Pregunta 8:

¿Cómo veían los padres de Matilda a su hija?

- A) Como una niña prodigio
- B) Como una carga
- C) Como una estrella
- D) Como un orgullo

Pregunta 9:

¿Qué libro único había en la casa de Matilda?

- A) Cocina fácil
- B) Historia del mundo
- C) Cuentos de hadas
- D) Matemáticas para niños

Pregunta 10:

¿Qué respuesta recibió Matilda cuando pidió un libro a su padre?

- A) Le compró uno inmediatamente
- B) Le preguntó para qué quería un libro
- C) Le dijo que ver la televisión era mejor
- D) La felicitó por querer aprender

Pregunta 11: Busca sinónimos en el texto para estos adjetivos.

- necesarios:
- horrible:
- delicado:
- tranquilo,a:
- comedida:
- triste:
- confundido:
- colosal:
- vacía:
- repulsivo:
- idiotas:
- verdadero:
- disparatado:
- charlatana:

- abstraídos: